

EL NUEVO VIETNAM

ONCEAVA estancia en Vietnam desde octubre de 1945. Descubrimiento y vuelta al pasado a la vez.

Descubrimiento de un Vietnam en paz; si no apaciguado, reunido; si no unido, un Vietnam recorrido —por carretera, en cinco semanas— de una sola tacada, desde Hanoi hasta Saigón, desde las montañas del Norte a los meandros del Mekong, y afirmando a ojos de los visitantes su fundamental unidad.

Vuelta al pasado también. Llego la hora de los balances. El que, entre otros, se impone a un observador al que los gajes del oficio y su propio compromiso han interpuesto entre las realidades vietnamitas y la opinión pública.

Treinta años de artículos, de libros, de conferencias, de debates, no garantizan una autoridad. Brindan, sobre todo, múltiples ocasiones de cometer errores de hecho o de juicio, exageraciones abusivas, ingenuidades. Redescubrir Vietnam, cuando con el reflujo de la onda guerrera comienzan a aparecer con nitidez sobre la arena ciertos perfiles que uno no había sabido antes, discernir, nos enseña, ante todo, a ser modestos. Es cruel darse cuenta de que uno sobreestimó hace treinta años las posibilidades que tuvieron Ho Chi Minh, Stanley y Leclerc de impedir me-

dante un acuerdo audaz el desarrollo del conflicto; de que cinco años después uno subestimó las posibilidades del Viet-minh y de Vo Nguyen Giap de pasar de la guerrilla a una contraofensiva generalizada, y haber creído después que los acuerdos de Ginebra abrían el camino a una reunificación con-

goria de fuerzas regionales al servicio de una estrategia decidida por sus camaradas del Estado Mayor de Hanoi.

“¿Qué otra novedad ha descubierto usted en Vietnam?”. No se trata de nada nuevo realmente, y cabe resumirlo así: la unidad vietnamita fue un hecho a partir de la

Jean Lacouture

tractual y pacífica de ambas “zonas” vietnamitas.

No menos cruel resulta darse cuenta de que se subestimó el impulso imperioso que llevaba al Norte a buscar con urgencia la reunificación; que uno sobreestimó la autonomía, la originalidad, la capacidad de iniciativa de un Frente de Liberación y un GRP que, independientemente del heroísmo de sus combatientes y el valor de sus cuadros dirigentes, estaban dirigidos, orientados, inspirados por la “casa madre”, el Buró Político del partido Lao Dong, cuya cabeza estaba y sigue estando, en Hanoi; haber infravalorado hasta qué punto la importancia de las pérdidas sufridas por los resistentes sudistas a raíz de las ofensivas de 1968 y 1973, y de la posterior y terrible Operación “Phoenix”, debilitaban su capacidad bélica, rebajándolas a la cate-

creación en 1930 del Partido Comunista indochino por hombres para quienes el Norte, el Centro y el Sur constituían un todo indisoluble, del mismo modo que Francia en la mente del general De Gaulle. Y las “dos” guerras que han enfrentado a la revolución vietnamita con los Imperios de Occidente no constituyen para ellos más que un solo combate, iniciado en 1945. Durante estos treinta últimos años ha podido haber pausas, inflexiones tácticas, adaptaciones estratégicas; sin embargo, el movimiento, desde 1945 hasta 1975, desde las montañas de China hasta los meandros del Mekong, ha sido siempre uno: el mismo.

¿Pruebas? Los estrategas americanos nos tachaban de “románticos” cuando sosteníamos que su principal adversario se ocultaba en los maquis sudistas de Cu Chi y de

U Minh. Con el exterminio sistemático de los cuadros del Sur sólo consiguieron que la cabeza de la revolución estuviese al igual de la Resistencia francesa, como la del FLN argelino, fuera de la zona de los combates terrestres. Al término de la lucha de los resistentes franceses y los revolucionarios argelinos, el árbitro es De Gaulle más bien que Ravelin, Bumedien antes que los congresistas de Soummam. Y en cuanto a Vietnam, Le Duan antes que Nguyen Huu Tho. Pero ¿por qué dividir el combate de los vietnamitas contra el invasor extranjero y quienes servían, conscientemente o no, sus intereses? ¿Nordistas? ¿Sudistas? El debate no lleva lejos. La operación de síntesis en curso no por ello es menos delicada.

El paso de la guerra a la paz no puede sino influir sobre el observador. Un tipo determinado de solidaridad militante que, con razón o sin ella, le parecía impuesto por las circunstancias mientras las bombas francesas, primero, y americanas, en una segunda etapa, seguían aplastando a un pueblo que luchaba por su independencia, debe dejar paso hoy a una actitud crítica. La amistad, la admiración que uno dedica a un pueblo estoico, a sus cuadros exigentes y hábiles, a una nación que fue durante decenios como el honor del mundo, no impi-



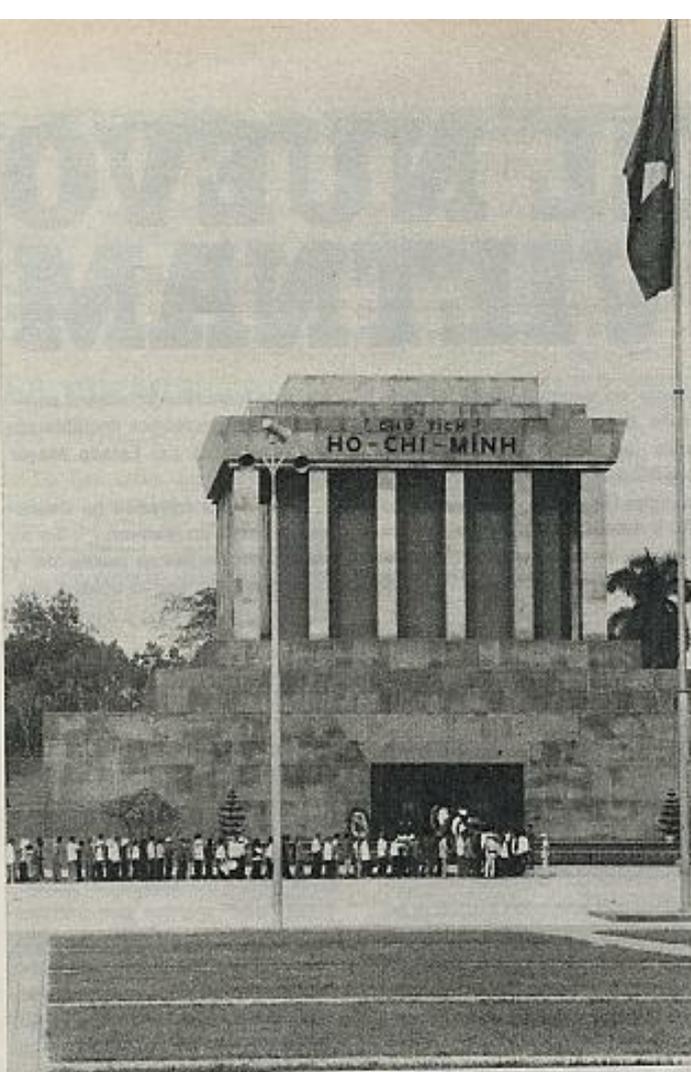
EL NUEVO VIETNAM

den el que no pueda hablarse hoy del vencedor como del resistente y del que tiene el control de poder —que adopta a veces formas muy rudas—, como del guerrillero de antes. Y aunque se tratara de encarnar el "rol" de simple testigo, uno piensa que sólo el análisis crítico puede ser hoy, tras el apoyo concedido en tiempo de guerra, de una mínima utilidad para la reconstrucción que llevan a cabo los discípulos de Ho Chi Minh.

Una pregunta nos estuvo obsesionando mientras duró el viaje, la misma que se planteaba hace dos años nuestro amigo Edgar Morin: "¿No estaremos acaso luchando para que se imponga en Vietnam el mismo régimen que combatimos en Praga?". A muchos de nosotros, la fórmula nos había parecido un tanto sacrilega. Y de hecho no resulta adecuada. Lo escandaloso de la operación de Praga es que la llevase a cabo un Ejército extranjero. Y en segundo lugar, que frustrase mediante el recurso a una dictadura burocrática una tentativa auténtica de democratización socialista. Por el contrario, ni la victoria de las armas de Giap es una victoria extranjera, ni el Régimen de Thieu tenía nada de democrático.

Conseguida ya la paz, el amigo no comunista de los vencedores no puede menos de sacar a relucir una vez más las contradicciones profundas existentes entre los partidarios de lo que se ha dado en llamar la democracia formal —pero ¿no tienen las formas un significado propio?— y quienes defienden una democracia "organizada" o "dirigida". El procedimiento electoral para la reunificación del que hemos sido testigos en Vietnam nos recuerda útilmente que las palabras tienen distinto sentido para los partidarios de la dictadura del proletariado, en cuyas librerías continúan vendiéndose las obras completas de Stalin, que para quienes defienden un pluralismo que implica el que se tengan en cuenta, según quería Marx, las realidades sociales antes de pretender transformarlas.

"Nuestro problema fundamental no es la reunificación, que está ya prácticamente resuelto, sino el de la democracia, que está totalmente por solucionar", confiaba recientemente el primer ministro de Hanoi a un amigo nuestro que nos precedió en la visita. Y en presencia de otro invitado, Pham Van Dong se refirió también a esa "plaga" que es la burocracia. Cuando esa burocracia se ejerce "en circuito cerrado", en el marco virtuoso de un Vietnam del Norte en lucha, puede resultar asfixiante. Cuando se aplica sin demasiada comprensión a



Arriba, los vietnamitas hacen cola ante el mausoleo de Ho Chi Min, inaugurado en septiembre de 1975; abajo, pasados los días de la defoliación sistemática, la tierra comienza otra vez a dar sus frutos.

una sociedad sudista fluida, semoviente y culpabilizada, y, por si fuera poco, corruptora, esa misma burocracia puede engendrar auténtica opresión.

A lo que añadiremos esto: para conservar intacta nuestra admiración por una revolución determinada, más vale, en la mayoría de los casos, no conocer a las víctimas. Una visita a las mazmorras de la Conciergerie en el año II de la República Francesa nos habría llevado seguramente a oponer ciertas reservas a la estrategia revolucionaria de Robespierre. Es cierto que en Saigón no se guillotina, sino que

se reeduca. Pero hemos escuchado quejas de labios de aquellos a quienes nuestro sistema, antes aun que el americano, había llevado a una total inadaptación a los cambios revolucionarios, lamentos que dejan una incurable pena en nuestras almas. Es siempre mucho más duro ser amigo de los vencedores.

1. HANOI: LO QUE TRAE LA PAZ...

Arboles en primer lugar. Aprovechando los hoyos individuales que en las proximidades del Pequeño Lago, en las aceras, por todas par-

tes, fueron durante ocho años la salvaguardia de este pueblo bombardeado, se han plantado árboles magníficos: enraizados en el estiércol de guerra, son los primeros, los más hermosos testigos de la paz reencontrada, del final de esa guerra de la que ellos fueron importantes víctimas.

Después, los colores. El blanco y el negro de las mujeres; el verde unificado de los hombres —colores de la guerra—, van dando paso gradualmente al rosa de las blusas, al azul de las camisas, tímida mezcla que prefigura no se sabe qué apertura de costumbres, qué diversificación económica. Por fin, los ruidos, Hanoi sigue siendo esa ciudad maravillosa en la que se oye hablar en la calle, en donde, sobre el fondo sedoso de las bicicletas al deslizarse de un lado a otro, la voz humana teje un bordado de caca-reantes conversaciones. Sólo que ahora el ruido de los motores se interfiere en ese concierto canoro. Y por primera vez acaso —¿tal vez también por última?—, los vietnamitas se guardan de sentir esa intrusión como una agresión. El motor, llegado del Sur o de cualquier otro punto, constituye la esperanza de un inicio de crecimiento, una revancha sobre la penuria.

A un nivel más profundo hay algo que gana, trepa y agita las calles, los lugares de trabajo, y que podríamos llamar no ya libertad, sino desenvoltura. Mirémosles, esos estoicos vencedores que fueron, bajo las bombas, frente a las bombas, los más incansables restauradores de ruinas de la Historia moderna, los más dóciles tejedores de esa tela de Penélope. Algo ha cambiado en sus gestos, su ritmo de trabajo, su actividad ciclista, su andadura. ¿Habría que alabar en ellos el nacimiento, el renacimiento del divino desorden? El desdén de las luces del tráfico, las aventuradas travesías de las calles obstruidas de bicicletas, la parlanchina despreocupación que reina en los tajos, en la ciudad al menos, devuelven toda su humanidad a este pueblo al que Confucio, los antepasados, el partido y la guerra han servido para reunir, pero no han reducido a una definitiva disciplina.

"Lo más costoso para nuestro Ejército —nos confiaba el historiador Nguyen Khac Vien— no fue ganar la guerra, sino conseguir marcar bien el paso en el desfile de la victoria...". Completamos este rasgo con la siguiente anécdota: una fábrica de papel se construye no lejos de la capital con ayuda de capital sueco y bajo la dirección e ingenieros llegados de Estocolmo. Uno de ellos ordena a un obrero al que descubre holgazaneando que reanude el trabajo, a lo que el obrero responde: "¡Eh, señor, estamos en un país libre!".

Al amanecer, la muchedumbre que acude pedaleando al trabajo conserva el aire obstinado de la época de los bombardeos. El Volga soviético que nos lleva a Saigón, a nuestros acompañantes, a mi mujer y a mí, se abre paso por entre la compacta muchedumbre a fuerza de bocinazos. Luego, rebasado el extrarradio y ya en plena carretera, tratará de esquivar los camiones que pasan sin cesar. Es ese el precio de la paz, el desafío que lanza la traqueteante y ruidosa columna de vehículos chinos, alemanes, soviéticos, checos y norteamericanos —viejos Citroën, incluso, de 1934...—, vueltos de la pista Ho Chi Minh y de los "convoyes de la muerte" de 1972.

2. EL ASFALTO Y EL BARRIZAL

En uno de los más hermosos capítulos de "Vietnam: Sociología de una guerra", Paul Mus evoca "la carretera vietnamita", combinando la metáfora histórica con el análisis socio-económico. La larga marcha del pueblo vietnamita hacia su liberación y su unidad hay que revivirla aquí sobre la cinta destrozada, agujereada, cortada por agujeros de obuses y puentes destruidos. Desde Hanoi a Vin, de Hue a Da Nang, de Cam Ranh a Phan Thiet y de Xuan Loc a Saigón, vamos a pasar revista durante once días a un siglo de Historia convulsiva, a medio siglo de luchas, a treinta años de guerra. Vamos a ver vivir a un pueblo cuya vena yugular, el camino real, lugar de convocatoria y reunión, es esta carretera número 1 antes llamada "mandarina". Hacia

1935, un amigo vietnamita decía a Paul Mus: "Vosotros reináis sobre el asfalto y nos dejáis el barrizal". La revolución vietnamita ha reconciliado barro y asfalto.

Este mismo pueblo que de un extremo a otro de esta vía imperial, deshecha por los bombardeos, poco apta para los convoyes campesinos contruidos como rascacielos o para los "carros chinos", siempre atestados, siempre vomitando gente, corría de un lado para otro saltando las presas de los arrozales; ese pueblo ha cortado la carretera y piensa señorearla. La mirada del viajero jamás se posa sobre una cinta de asfalto deshabitada. Por todas partes hay hombres y mujeres que caminan, que portan cargas. Porque la carretera es medio de transporte a la vez que foro y era para el trillo, mercado, teatro, lugar de esparcimiento y casino. Los camioneros deben tener en cuenta esta ley no escrita. El pueblo ha recuperado su carretera y, forjada su historia, hace allí ahora su vida.

3. LA CIUDAD APLASTADA

No tardamos, de todas formas, más de cuatro horas en hacer los 170 kilómetros de distancia entre Hanoi y Thanh Hoa. En 1972, bajo las bombas, el mismo trayecto requería dos días de viaje, que se hacían interminables... Hoy se han reconstruido y remendado todos los puentes, y sobre el asfalto, simples nidos de gallina han sustituido a los cráteres. Pero Phu Ly y Ninh Binh siguen en ruinas; Nam Dinh tarda en levantarse otra vez y

Thanh Hoa no es más que una gran aldea en forma de cantera.

A propósito de Vinh, lugar que resultaba imposible visitar durante la guerra, ya habíamos escrito más de uno que era una ciudad "arrasada". Capital del nacionalismo revolucionario, cabeza de la provincia de Nghe An, que ha dado a Vietnam sus más grandes combatientes y poetas, de Nguyen Du a Pham Dinh Phung, de Pham Boi Chau a Ho Chi Minh, Vinh fue también la "capital del dolor" vietnamita antes de que Dong Hoy y Vin Linh se convirtiesen, a partir de 1970, en blancos favoritos de la U. S. Air Force como símbolo y nudo de comunicación, como cuartel general y vía obligada de paso de la gran marcha hacia el Sur; Vinh ha sido durante treinta años la víctima pertinaz de las intervenciones de Occidente.

Los propios vietnamitas contribuyeron a ese "aplastamiento" de la ciudad. Cuando la capital del Nghe An se convirtió, en 1947, en la única ciudad vietnamita que las tropas de Valluy no pudieron volver a ocupar, la última ciudadela en la que ondeó, fuera de los "maquis" de las montañas, la bandera roja con la estrella de oro, los jefes de la resistencia emprendieron el desmantelamiento de su ciudad para devolverle la estructura aldeana y hacerla así menos vulnerable a los bombardeos de la aviación y la artillería francesas, y quizá también para reintegrarla en la tradición, en la continuidad vietnamita. Descolorizar la ciudad desurbanizándola, para mejor sentirla y defenderla... A pesar de lo cual seguía habiendo

suficiente número de edificios para servir de blanco a la U. S. Air Force. Las ruinas que allí quedaron se han transformado entre tanto en fortines, en murallas y presas de ese arrozal habitado que es ahora Vinh. Arquitectos cubanos se ocupan ahora de darle un rostro urbano. Pero la inauguración del bulevar Fidel no es cosa de dos días.

4. IDENTICA CUNA PARA DOS DESTINOS

Para quien se interese por Ho Chi Minh, es decir, por la historia de la revolución vietnamita, Nghe An es, sobre todo, Kim Lien, la aldea, situada a 17 kilómetros al Noroeste de Vinh, donde nació el fundador. Describiendo la infancia del futuro Ho Chi Minh sin haber podido visitar la región, yo había disertado sobre la pobreza trágica de Nghe An, nido de revolucionarios. Cómoda explicación economista. ¿Estaba yo engañado por mis lecturas? ¿La revolución, ininterrumpida durante treinta años, ha hecho un milagro? No es un país del hambre el que hemos descubierto, sino un bosque sembrado de charcos idóneos para la jardinería, un pequeño país erizado de árboles y tachonado de jardines, donde la mediocridad del nivel de vida es imputable a la superpoblación, no a una pobreza fundamental.

No hay aquí un solo camino, un árbol o una flor, no existe un solo arrozal que no muestre la huella de la Historia y no exprese en su plenitud la cultura vietnamita. Aquí se han forjado los dos destinos que más importan a la colectividad nacional: el de Nguyen Du, poeta nacional, autor de "Kim Van Kieu", época familiar contemporánea de "Atala", que está más presente en la vida de cada uno de los ciudadanos de este país que es más constitutiva de la unidad cultural y sentimental de los vietnamitas que el "Don Quijote" para los españoles o la "Divina Comedia" para los italianos. El segundo destino es el de Ho Chi Minh.

Ante la casa natal de Ho, medio sepultada en un bosquecillo de bambú y de papayos, preciso es evocar el recuerdo de este frágil aniquilador de Imperios, de ese Esopo constructor de naciones, mejor que al pie del solemne mausoleo de Hanoi, en el que, como se hiciera ya con Lenin, se ha colocado entre paredes de mármol su momia sacralizada. Una cabaña de barro y caña de bambú y de latania se levanta junto a una "casa" gemela, pero más amplia, que perteneció a los suegros del doctor Nguyen Sinh Soc, antiguo boyero que se hizo expendedor de medicinas tradicionales y curandero, y que fue hermano de un cierto Nguyen Binh Ling, llamado luego Nguyen Thut



Sobre las aceras quedan todavía las entradas a los refugios individuales de la época de los bombardeos norteamericanos.

EL NUEVO VIETNAM

Tan, más tarde Va, posteriormente Lin, después Ly Thuy, luego Nguyen Ai Quoc y, por último, Ho Chi Minh. Detrás de las dos cabañas se levanta un edificio más sólido, más elegante: está dedicado al culto a los antepasados. Para los muertos, la piedra; para los vivos, cañas y barro; nuestros antiguos campesinos tenían costumbres parecidas. El origen de Ho es con seguridad más humilde, está más arraigado en el terruño de la pobreza campesina y patriótica que el de Mao. Pero la historia de esa familia y múltiples detalles ambientales —el pequeño terreno que es ya casi jardín, tal o cual objeto doméstico, y, claro está, su talento— destinaban al hijo del doctor Soc a un futuro de modesto notable. Ho tuvo que hacer la revolución para no quedarse en Hue como mandarín...

5. LA MIRADA DE LOS "SCIUSCIAS"

Entre Vinh y Hue aflora finalmente la trágica pobreza que pensábamos descubrir en Nghe An. Todavía en Ha Tinh, el arrozal se anima de trabajos colectivos. Estas geórgicas resultan ilusionantes. Pero cuanto más avanza uno hacia Quang Binh, mayor realidad va adquiriendo el fantasma de la miseria. Allí nació Vo Nguyen Giap. No es siempre la pobreza la que hace a los revolucionarios. Pero, ¿qué otra cosa se puede hacer aquí que no sea la revolución? Para colmo, la guerra ha arrasado lo poco que la Naturaleza había concedido con cicatería a los hombres a cambio de su trabajo. Durante siete u ocho años sólo fue posible una vida subterránea en Dong Hoi, en Vinh Linh. Hoy el país está habitado por pálidos trogloditas, de buscadores de minas y de niños con tímpanos reventados...

El paralelo 17 fue durante un cuarto de siglo una de las fronteras del mundo, después de Berlín y antes que el Usurí. De una a otra orilla, a doscientos metros se vislumbraba un planeta prohibido, erizado de torres vigía y de carteles de propaganda bélica. Aquella tarde del 9 de abril de 1976, dos días después de haber conseguido en Hanoi nuestro visado para la República de Vietnam del Sur —¿no la sigue gobernado el GRP?—, cruzamos el río Ben Hai igual que se atraviesa el Marne por Perreux un día de circulación fluida.

Doscientos metros más allá nos detuvimos en el puesto aduanero para mostrar a la Policía todos nuestros papeles. La cabaña estaba, sin embargo, vacía. Ni un solo funcionario, ni siquiera una rata.

Las "elecciones para la reunificación" iban a celebrarse dos semanas más tarde, pero los encargados de impedirnos el paso habían abandonado ya sus puestos. Hasta nuestro "acompañante", taciturno portador de los santos óleos del Estado, soltó una prometedorca carcajada a la vista de aquella deserción. Que los pequeños mandos locales se adelanten a los decretos de la revolución es algo que, efectivamente, causa risa.

Desde el paralelo 17 hasta Hue, el paisaje es como un campo de batalla sembrado de chatarra militar —carros de combate destripados, morteros hacinados, todo tipo de residuos—. Los feroces combates de 1968, 1972 y 1975 han dejado sus huellas en este paisaje, que aparece ahora como cizallado. La carretera, mejor y más amplia, ha dejado de ser un lazo de sociabilidad interna para quedarse en simple medio de comunicación. Menos camiones y más automóviles. Individualización del transporte. A la techumbre vegetal suceden ahora tejados de chapa ondulada: estamos ya en el Sur, en un Vietnam modelado por un modo de vida o, mejor, por un modo de guerra. En Dong Ha, los jóvenes que uno ve marchar de un lado para otro tienen otra mirada. No es esa mirada que se posa, en el Norte, sobre aquellos a quienes se supone amigos. Es, por el contrario, una mirada fastidiosa, de desafío a los intrusos. Este tipo de mirada se irá acentuando de Hue hasta Da Nang, desde Nha Trang hasta Saigón. No pretendemos describir así la clase de sentimientos que experimenta esa juventud desamparada o, para decirlo con palabras de Roger Vailland, los "desocupados" juveniles que bajo el Régimen de Thieu vivían de las chapuzas y servicios de todo tipo que prestaban a lo ocupantes: los *sciuscias* de la guerra norteamericana. Lo que sí podemos decir es que miran sin un asomo de afectividad por debajo de sus viseras de base-ball a los invitados extranjeros de los nuevos amos del Sur.

6. HUE O EL PASADO SIMPLE

¡Cuánto aman su pasado —o sus pasados— los vietnamitas! De las sesenta horas dedicadas a Hue, según lo planificado por nuestros anfitriones, ¿cuántas consagramos a las pagodas, a los palacios, a las tumbas reales? Solicitamos entrevistarnos con ciudadanos del nuevo Vietnam; tuvimos ocasión de charlar con algunos estudiantes (aunque con más profesores), con unos cuantos periodistas (pero, sobre todo, con mandos políticos de los periódicos), pero sobre todo nos dedicamos a hacer visitas a fantasmas de antiguos soberanos,

a príncipes muertos y a hadas desvanecidas.

De Hue conseguiríamos, no obstante, ver otras facetas gracias a los preparativos para las elecciones del 25 de abril. ¿Elecciones? Seamos claros de entrada. Ese tipo de procedimiento nada tiene que ver con lo que nosotros conocemos por ese nombre. Para Occidente se trata de una competición; para el Oriente socialista, de un reparto de premios. No en vano hablan los organizadores de "coronación", de "balance", de "fiesta". Se trata de un fin, no de un medio. Entremos, pues, en el juego no sin haber antes roto una lanza honorífica en favor de la democracia a la antigua, que es la nuestra.

El presidente del Comité Central de Hue nos pide nuestra opinión sobre las "elecciones". A lo que nosotros, porque es nuestro deber, respondemos que, como viejos demócratas, nos inclinamos más bien por un tipo de consultas en las que figuran por lo menos dos listas opuestas que tratan de reflejar las contradicciones sociales... El buen hombre parece sorprendido de tamaño anacronismo. Y cierra el debate con esta respuesta: "Pero, señor, aquí estamos tratando de reunificar, no de dividir...".

La víspera habíamos asistido por la noche a un "mitin electoral". Aquí no hablan los candidatos —¿qué podrían añadir a los "slogans" que tapizan los muros de la ciudad?—, sino los electores. Tres de éstos explican por qué votarán por los candidatos de la lista única: trece para cubrir diez escaños de diputado. Una joven afirma enardecida que "¡El socialismo es la milenaria aspiración de los vietnamitas!". La sigue un campesino más cano que el propio Ho en su fétetro transparente. De pie sobre el estrado, el anciano pronunciaría, sílaba tras sílaba, el panegírico de los candidatos que alguien ha redactado para él: el campesino ha acabado un primer ciclo de alfabetización de tres meses. Su voz, su rostro, su esfuerzo resultan conmovedores, hasta el punto de disipar por instantes el anterior tufillo de ceremonia checo-búlgara. El Vietnam campesino, estudioso, infatigable, ha resurgido en toda su sencillez en la persona de este anciano balbuciente.

7. LAS PESCADORAS Y EL ALFABETO

Ninguna ciudad vietnamita, ni siquiera Saigón, sufrió durante la guerra efectos tan deformantes como Da Nang. Su censo creció de 200.000 a 1.200.000 habitantes. Repentinamente abandonada por quines la habían convertido en una especie de gigante humillada, Da Nang trata valientemente de so-

brevir con su 90 por 100 de sífilíticos, sus raciones de arroz inferiores en un 50 por 100 a la media y una escasez total de medicamentos.

Hemos solicitado asistir a un curso de alfabetización de adultos. Una docena de compañeros, entre ellos tres milicianos armados, nos acompañan a través de miserables barriadas hasta cerca del puerto, donde se apiñan, según nos cuentan, "antiguos soldados de Thieu". De ahí que se tomen tales precauciones de guerra civil. En una choza destartada vemos sentadas en un banco seis o siete mujeres de pescadores; tres de ellas tienen en sus brazos niños de pecho, otra da teta a un mocosito enfermo. Ante la pizarra, una institutriz de dieciocho años repite con paciencia: "A ver, otra vez: a-o; aw, a-o; aw". Pero la más vieja de las mujeres, por más que desencaja las mandíbulas, no consigue articular ambos sonidos "A-o, a-o". Y la desesperación hace que le salten las lágrimas.

Esta escena nocturna, en la desvencijada cabaña, al tenue resplandor de dos lámparas de Pigeon, es uno de esos momentos del viaje en que nos hemos sentido más profundamente ligados a esa sociedad en gestación. Hasta entonces, a partir del cruce de la frontera entre el Norte y el Sur, sólo habíamos asistido a la instalación vacilante de un poder demasiado hábil y patriótico para recurrir a los medios de una normalización a la rusa. Pero esta noche, rodeados de estos adolescentes armados y de estas mujeres empeñadas en una tarea indecisa, inmersos en tal combinación indefinible, de grave angustia y tenaz esperanza, sentimos algo del lirismo revolucionario cubano, como un eco de esos veranos tropicales en los que, de año en año, en algún punto entre Lima y Singapur, unos jóvenes derriban a un viejo tirano para tratar de cambiar la vida... Al maestro genial que fuera Ho le habría encantado aquella velada.

9. EL PUENTE SOBRE EL RIO THU BON

Nos queda por descubrir una al menos de las claves de esa mutación socialista del Sur. Un dirigente de Hue nos explicó: "Tenemos tres objetivos: la hidráulica, la gimnasia y la alfabetización". Cierto. Pero sin pretensiones de llegar hasta Althusser, ¿no cabría esperar alguna indicación ideológica suplementaria?

Sobre la marcha vamos a descubrir una empresa que, sin extremar los significados, va a proporcionarnos ciertos indicios. La restauración del ferrocarril Transvietnamita (antes llamado "Transindochino"), que enlaza Hanoi con Saigón y que



Hanoi, en la actualidad, sin la amenaza de las bombas.

lleva cerca de treinta años fuera de servicio, con excepción de algunos segmentos al Norte y al Sur, es uno de los grandes propósitos del poder recién inaugurado. Al igual que Mehdi Ben Barka pretendiera en 1957 hacer de la vía Fez-Tetuán la "ruta de la unidad" entre los dos fragmentos del Marruecos dividido por la colonización, los jefes de la revolución vietnamita tienen la ambición de convertir el Transvietnamita en símbolo, garantía y medio material de la reunificación.

Construido entre 1930 y 1932, destruido una primera vez por los americanos durante su guerra con los japoneses, reconstruido en 1962, vuelto a destruir en 1967 por la U. S. Air Force a base de bombas de 500 toneladas, el puente de Ky Lam, a 850 kilómetros al Sur de Hanoi, es una obra clave del Transvietnamita: 500 metros de longitud, 13 metros por encima del nivel del río diecisiete pilares de hormigón armado, 17.000 toneladas de material a transportar desde Hanoi y Saigón, cuatrocientos obreros, diecinueve ingenieros... La originalidad de la obra no estriba en su magnitud, sino en los componentes de la empresa encargada de la misma: un tercio de elementos del Ejército Popular, otro tercio proporcionado por una sociedad privada de Saigón y el tercio restante garantizado por una compañía del Estado.

Más allá del carácter de su composición, que nos da una idea interesante de lo que pretende el nuevo poder, pero que no deja de plantear problemas (de salarios, por ejemplo: los empleados de la empresa privada comprueban sin entusiasmo que la huelga no hace buenas migas con el socialismo...), esta obra pública ejemplar es rica en símbolos. A mitad de camino entre los dos deltas y las dos capitales, encuentran allí amable con-

frontación ambos modos de producción (los "privados" se encargan del desescombro, los "públicos", de la reconstrucción...). Allí se plantean también todos los problemas que afectan hoy por hoy al nuevo Vietnam, bien se refieran a la reunificación, a la "revolución técnica", a la distribución de las materias primas y de los alimentos, a la recuperación de los viejos elementos, al reequipamiento moderno del país, al papel del Ejército en la economía nacional y al propio nacionalismo: ni un solo extranjero participa en la obra. Sin embargo, lo más significativo es el carácter muy técnico, muy profesional y muy poco "populista" de aquella.

En China habríamos visto una muchedumbre azul afanarse ruidosa a una y otra orilla del río en medio de un bosque de banderas rojas. Aquí no hay, por el contrario, más que especialistas, tanto civiles como militares. ¿Es un puente acaso algo demasiado serio como para confiárselo al pueblo? Tal deducción sería precipitada y malévol. Además, en otras partes tendremos ocasión de ver a intelectuales y a estrellas del cine saigonés trabajando hundidos en el fango, bajo la bandera de la revolución. Esta obra, seria, eficaz, discreta, nos parece, sin embargo, más característica del sistema vietnamita. "Nuestra revolución es ante todo técnica y científica", nos explicó en Hanoi nuestro amigo Nguyen Khac Vien.

Por la noche, nueva reunión "electoral". El candidato Vin Linh, católico, compite con sus compañeros de lista por el fervor revolucionario. Pronuncia su homilía, solicita entrevistarse conmigo. "Me gustan mucho sus libros, señor. Los he leído todos, pero mi favorito es 'L'Enlèvement'...". No tengo la desfachatez de decirle que le transmitiré los cumplidos a Lucien Boddard.

9. TIERRAS DESFOLIADAS

Desde Quang Nam hasta Quang Ngoy, donde nació Pham Van Dong, el jefe del Gobierno, hacia Cam Ranh y Nha Trang, persisten las huellas de una guerra que hizo sangrar abundantemente a la Naturaleza. Se reconocen fácilmente las "zonas blancas y las del free killing, donde los americanos atacaban de modo indiscriminado cuanto se movía delante (entre esos pueblos arrasados hay uno con el nombre de My Lai), porque los campesinos viven en casas de nueva construcción. De tierra apisonada, de bambú, de latania, pero, al fin, nuevas. Donde la tierra es buena y fértil —hasta Quin Hon, aproximadamente— es más que seguro que las plantas y los frutos tomarán rápidamente su revancha de los herbicidas y las minas. ¿Qué impediría a un banano producir nuevos frutos en seis meses? Un solo banano es más fuerte que todos los B-52 de la Tierra.

Pero más al Sur, hacia Nha Trang, y sobre todo en la dirección de Phan Thiet y Phan Ran, el arrasamiento es total: el paisaje aparece cruelmente acuchillado, castrado, con resignación de tierra extenuada. Decapitados, los árboles se desploman sin remedio. Los intentos de reinstalación, de explotación de este campo mártir resultan acongojantes. Allí, entre Phan Thiet y Phan Ri, sobre todo, se han implantado las públicamente llamadas "nuevas zonas económicas" de los excedentes de ciudadanos de Saigón y Da Nang.

¿Implantación o deportación? Veremos, en torno a Saigón y luego en la región media del Norte, otras "nuevas zonas" muy prometedoras. Estas tienen, al igual que la base abandonada de Da Nang, como un aire de infierno prefabricado. Cuarenta grados, ni un solo árbol que no parezca un poste tele-

gráfico, una jarra de agua que llega por camión todos los días, una ración de arroz inferior a la media urbana... Para vivir aquí, a uno o tienen que haberle obligado, o bien hay que estar muerto de hambre. Alguna información de que la mayor parte de estos "colonos" son veteranos de Thieu. En el peor de los casos, más vale, nos parece, ser enviado, como lo han sido sus oficiales, a una "escuela de reeducación".

La verdad es que entre Nha Trang y las tierras rojas del Norte de la antigua Conchinchina, el país es pobre, más pobre que Ha Tinh y tanto como Quang Bing. El día en que se organice la pesca, en que se creen fábricas de conservas, en que a la producción del nuoc mam nacional venga a sumarse una explotación sistemática de los riquísimos recursos de ese mar del Anam del Sur, la economía de la región podrá cambiar. Mas por el momento, con sus puentes destruidos, sus árboles derribados, su tierra leprosa, su vegetación anémica por culpa de los herbicidas, parece la antecámara de la desolación.

Habrà que llegar a las puertas de Saigón, a Xuan Loc, a las soberbias plantaciones que sirvieron de escenario a la última batalla auténtica de la guerra, para reencontrar esa tierra henchida de promesas. Paradójicamente, los árboles del caucho no muestran aquí huellas aparentes de los combates entre los blindados de la 18 División sudista de La Minh Dao y los escuadrones acorazados de Vam Tien Dung. Visitaremos otras plantaciones mucho más castigadas. La impresión dominante aquí es que la producción podría recuperar en breve plazo su ritmo de antes de 1968.

En torno a Bien Hoa está Hon Hay, bosque de iglesias que levantaron, después de 1954 las centenas de millares de católicos que, instigados por sus obispos, salieron del Norte "dejado de la mano de Dios".

Próxima a estas iglesias y alrededor de la base de Bien Hoa, se eleva un impresionante complejo fabril que parece hecho para ilustrar un apólogo sobre los vínculos entre el catolicismo y lo Spellman y el complejo militar-industrial y el capitalismo periférico.

Y he ahí, por fin, al cabo de la carretera vietnamita, Saigón, ciudad abierta. ¿Trampa, arenas movedizas, señuelo de la revolución? Ese hormigueo informe, infinito, fascina. Uno se funde dentro, como en esos sueños en los que te envuelven formas siempre cambiantes hasta disolvete... Porque no basta con dar al Saigón el nombre de Ho Chi Min para hacer de ella una ciudadela de la revolución. ■ J. L. © Le Nouvel Observateur, 1976, y, para España, TRIUNFO.